

Frases escogidas

ANACLETO GONZÁLEZ FLORES

“Dios no muere, viva Cristo Rey”

Cristo Rey

Es necesario que proclamemos a Cristo Rey; es necesario jurarle que dejaremos nuestra vieja actitud de momias de sacristía, encerrados en nuestros hogares; es necesario luchar en la vía pública para que Cristo reine, en la prensa, en el libro, en la escuela, en las organizaciones, en las instituciones, en el corazón del pueblo y en todas las corrientes de la vida pública.

Tomar siempre la bandera de Cristo, el primer mártir, el primer vencedor del despotismo, de los sátrapas y emperadores que no saben gobernar. Cristo, quien supo llegar hasta el madero en el que lo han descuartizado. Ojalá lleguemos muy pronto al instante venturoso en que hombres y mujeres de todas las clases sociales formen el ejército que hará rendir todas las posiciones del alma y del error.

Testimonio de Cristo

El espectáculo que ofrecen los defensores de la Iglesia es sencillamente sublime, el cielo los bendice, el mundo los admira, el infierno los ve lleno de rabia y asombro y los verdugos también. Solamente los cobardes no hacen más que morder, los díscolos no hacen más que estorbar, los ricos cierran sus manos para cuidar su dinero.

Hoy debemos dar testimonio a Dios de que de veras somos católicos. Mañana será tarde, porque mañana se abrirán los labios de los valientes

para maldecir a los flojos, cobardes y apáticos. Todavía es tiempo de que todos los católicos cumplan con su deber: los ricos que den limosna, los críticos que se corten la lengua, los cobardes que se despojen de su miedo y todos que se pongan de pie porque estamos frente al enemigo y debemos cooperar con todas nuestras fuerzas para alcanzar la victoria de Dios y de su Iglesia.

Compromiso católico

Nos parece que basta rezar, que basta hacer muchos actos de piedad y que basta la vida del hogar y del templo para contrarrestar la conjuración de los enemigos de Dios.

Y les hemos dejado a ellos las escuelas, la prensa, el libro, la cátedra en todos los establecimientos de enseñanza; les hemos dejado todas las rutas de la vida pública y no han encontrado una oposición seria y fuerte por los caminos por donde han llevado la guerra contra Dios.

Y han logrado arrebatarnos a la niñez, a la juventud, y a las multitudes, y a todas las fuerzas vivas de la sociedad con rarísimas excepciones. Y nos han arrebatado todas esas fuerzas, porque claro está que con esta acción recluida dentro de nuestros templos y dentro de nuestras casas no hemos podido defender, no hemos podido amurallar el alma de las masas, de los jóvenes, de los viejos y de los niños.

Y tenemos necesidad urgentísima de que nuestros baluartes se alcen, dentro y fuera de nuestros templos y de nuestros hogares, para que cada corazón, cada alma, nos encuentre en la vía pública, para conservar los principios que hemos sembrado en lo íntimo de las conciencias, dentro del santuario del hogar y del templo.

Y si la guerra contra Dios se ha enconado furiosamente en la calle y en todas las vías públicas y si las paredes de nuestras iglesias han tenido que sufrir duros golpes, ha sido fundamentalmente porque la acción de los católicos se ha limitado a hacerse sentir dentro de los templos y dentro de las casas.

Urge, en lo sucesivo, que el católico rectifique esencialmente su vida en este punto y tenga entendido que hay que ser soldados de Dios en todas partes, en las iglesias, en las escuelas, en los hogares, pero sobre todo ahí donde se libran las ardientes batallas contra el mal.

Sacrificio católico

Llegará el día en que será preciso, necesario, imprescindible, que cada católico aporte su tributo de dolor, de fatiga, de desgarramiento, para alcanzar la victoria. O pagamos el precio de la victoria y logramos tenerla en nuestras manos, o nos negamos como ahora a pagar el precio total y entonces pensar que estamos condenados a llevar siempre el grillete y señal de los derrotados. La consigna en estos momentos es que los católicos deben de incorporarse al batallón sagrado de la prensa, de la enseñanza, del catecismo y del libro.

Ser soldado es no comer cuando se tiene hambre, no beber cuando se tiene sed, no dormir cuando se tiene sueño. Ser personalidad alta y fuerte es más que ser soldado. Y quien haya recibido la disciplina de la inmolación y del sacrificio, y no haya medido nunca sus manos en el crisol ardiente del dolor buscado y aceptado metódicamente, no será soldado, ni caudillo, ni siquiera remedo de carácter robusto.

Combate espiritual

Poseedores de nuestra libertad y de nuestros derechos, debemos ser abanderados de nuestra propia personalidad y caudillos, reclutas del ejército de nuestro mismo ser, defensores de nuestros derechos. Caiga lo que caiga, quiébrese lo que se quiebre, defendamos nuestros propios destinos.

Donde surja un sistema y donde se levante una doctrina que pretendan arrebatarnos a la verdad la supremacía sobre las inteligencias y los corazones, deben darse los soldados del pensamiento, los luchadores de la idea, deben echarse al aire todas las banderas, relampaguear a lo largo de la batalla todas las espadas, todas las bayonetas, eliminarse todas las trincheras.

Antes de que la Iglesia apareciera muchos sabían matar, algunos sabían luchar, pero nadie sabía resistir.

Osadía católica

Por eso nos encontramos reducidos a la categoría ignominiosa de mendigos despojados por la revolución, a la categoría de esclavos de-

lante de los perseguidores de la Iglesia; por eso no acatamos la ley suprema de la vida, de la solidaridad, de la disciplina, de la cooperación, de la subordinación y de la unidad sobre todo, la manera de pensamientos, voluntades, brazos, corazones, palabras, caracteres, individuos, grupos; en pocas palabras, todo.

El hombre empequeñecido y apocado cae en la deserción, pusilánime, cobarde, ya que es un lastre y un fermento de miedo que contagia y siembra pavor. Se debe ser osado como el verdadero católico, es la posición lógica del verdadero cristiano.

Juventud heroica

La juventud es bella y radiante como una estrella que brilla en el Oriente al amanecer; es una embriaguez de ensueño y de ilusión que produce el vino fuerte y oloroso que obra rebosante en la vida. Por eso nadie quiere perderla. Nuestro corazón es una cuna por la mañana y una tumba al anochecer.

Ser joven, permanecer joven, conservar en plenitud de vigor y gallardía, y como bandera desplegada en presencia de los riesgos de la vida, la audacia santa y del bien, es parecerse intensamente a Cristo, es ser su boceto y estar muy próximo a Él. Además es preciso ser joven con la juventud de los mártires santos, todos los días y en todas partes; vivir asociado a su incansable osadía y juventud, para no ser mutilado por el naufragio de una vida que ha sido saqueada y entregada al hombre, devorada por el incendio, que arruina y que mata las fuerzas vivas de donde arranca la audacia santa de ser buenos, mártires y santos.

La misma juventud es al mismo tiempo la alforja abierta todos los días por la mano incansable de la vida y el forjador que recibe yunques, martillo y fuego para hacer su trabajo perpetuo de remozar el mundo.

La mujer

Es la mujer que se levanta en el páramo inmenso para embellecer, perfumar. Es más que un adorno, es más que un atavío de la naturaleza, que vale y que puede en ese movimiento ascensional que tiene que hacer el género humano por la cumbre del bien y la verdad.

La mujer es uno de los grandes poderes que deben de empujar a las generaciones por el sendero que va en línea recta a la civilización.

Su misión no consiste en tomar parte de un modo especial en los movimientos literarios, artísticos, científicos y políticos que transforman de cuando en cuando los destinos de los pueblos. El alma de la mujer no ha sido hecha ni para cerrar las discusiones que se entablan en torno de los grandes pensamientos, de los viejos y de los nuevos sistemas. No ha sido hecha para llevar de pueblo en pueblo y de país en país los ímpetus asoladores de la guerra, ni para fijar sus pupilas en los fenómenos que la rodean, descubrir sus causas ni formular sus leyes. A todo esto tienen derecho; pero es un derecho accidental y accesorio, ya que su verdadera misión y papel es educacional eminentemente, y su poder radica en tres fuerzas que funde en una sola: la belleza, la ternura y el amor.

La mujer puede llevar y llenar cumplida y admirablemente los dos grandes fines de la educación, que son la lucha contra la preservación del mal y enseñar a aquel a quien se educa la lucha abierta y victoriosa contra el mal. Así lo enseña la razón y la historia, apelando al testimonio de todas las madres. La mujer no sólo considerada como una madre, sino como esposa, como hija, y aun como prometida, son las iniciadoras en los secretos de la vida, y conocen, además, sus detalles.

Los valores

Debemos enriquecernos, formar un patrimonio de valores humanos que deben ser un tesoro vivo e inagotable de nuestra Patria, formular un programa cuyos puntos centrales están en abierta pugna con las tendencias fundamentales de la mentira de las democracias que nos han empobrecido y nos han saqueado. Este programa debe ser la bandera de los jóvenes que llevan en su diestra la llave del porvenir.

Una pieza de acero que no encaja en el engranaje, una máquina actual y que solamente servirá para una máquina imaginaria que servirá durante muchos siglos, es un valor a medias o no es valor.

Ser de una época, trabajar para una época, obrar para una época, vivir en el sentido más intenso en su siglo, para su siglo, para su generación, esto es indispensable para hacer de nuestra vocación personal un valor completo.

El derrumbamiento es el derrocamiento de los valores. Es exactamente lo que hay en la base de ese mismo derrumbamiento, que ha desolado la vida europea y ha desquiciado y volteado de arriba abajo nuestra vida.

La Edad Media descansaba sobre un patrimonio envidiable de valores, cada hombre era un cíclope, fundadores de escuelas y de filosofía.

No solamente de reyes, sino de maestros, de pensadores y de artistas, y entregaban en herencia a sus sucesores el patrimonio conquistado, y el edificio parecía ser eterno.

O se emprende la reconquista para ganar los puestos perdidos, o se rehuye la batalla encarnizada que hay que librar para volver a arrebatarse la púrpura. En este último caso, se deja de ser un valor humano. Esto quiere decir que los valores humanos, para tener de hecho toda la significación que les corresponde, necesitan ponerse en marcha para abrirse paso, ganar una posición, retenerla invenciblemente y entregarla a una descendencia que sepa conservarla.

La aristocracia del talento

Vosotros, los que pertenecen a la aristocracia del talento, los que se han puesto en contacto con los grandes pensadores, artistas, el pasado de la humanidad, con sus dolores, con sus lágrimas, habéis puesto vuestra alma muy cerca de la ciencia y el arte. Hoy la obligación ineludible es consagrar esfuerzos y energías a transformar la sociedad en que vivís y llevarla en el camino que conduce a la civilización, en el nombre de Dios y la Patria.

La aristocracia del talento es superior, ya que los poderes humanos tienen que ceder ante el empuje avasallador e incontrastable de la idea y la palabra. Pero tiene mayores deberes, está más obligada a señalar el camino que han de seguir las generaciones para su prosperidad y engrandecimiento.

La lucha esencial y la oratoria

Hoy la lucha es entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. Haremos un esfuerzo por asistir a todos los combates y porque vayamos

a su encuentro. No habrá trinchera que no asaltemos, ni bandera que no desgarraremos con nuestra espada. Y en los picos escarpados de todas las cumbres flamearán gallardos y triunfantes los estandartes de Cristo, que son los estandartes de la civilización.

La virtud de la oratoria, es decir, la palabra que realiza el milagro de la acción sobre los demás, es el orador mismo, él mismo es la palabra elocuente y es su propia palabra.

El orador no debe ser tampoco un factor histórico, no debe ser la sombra de una leyenda, ni tampoco un signo inerte trazado en el papel, ni en la memoria. Debe ser un personaje en el sentido pleno de la palabra, la unidad plenamente vital, una página de sangre caliente que se escribe con hierro y fuego en presencia del auditorio y que no va a leer páginas apagadas y secas.

La educación

Deben ser llevados a los tribunales aquellos padres que envíen a sus hijos a la escuela en cuya puerta esté escrito: "Aquí no se enseña religión".

La enseñanza religiosa es en un concepto necesario ahora más que nunca.

En la tierna infancia se deben dar principios católicos por piadosas madres, para que cuando llegue el sometimiento del análisis de la razón contra lo que nos rodea, las pasiones, Cristo ayude y de su gracia de alguna forma para salir adelante en base a los fundamentos de lo dado en la niñez.

Formar al alumno no como un simple repetidor de lecciones, sino como alguien al que hay que preparar totalmente para la lucha y para la vida.

El maestro laico es formado por un monopolio, no hace otra cosa que encubar caracteres enfermizos, raquíticos, impotentes para luchar virilmente contra los desastres de la vida, y contagiados por la idolatría de Estado. Esto explica la falta de firmeza de muchos de los jóvenes a los que, después de hacer una carrera, los ligan con la política e inmolan su dignidad y su vida en aras de la fracción triunfante, sobre todo los de literatura, arte, jurisprudencia, pedagogía, etc. Son medianías cultas.

Los padres de familia son los que deben resolver satisfactoriamente la situación de la escuela, a medida que lleven encendida sobre el alma la antorcha de la religión en lo más íntimo de su corazón, arraigando el hábito de hacer el bien y evitar la escuela laica.

Deben abrir los ojos y darse cuenta que la cuestión de la escuela es una cuestión gravísima, que no se resuelve mandando a sus hijos a la escuela sin Dios.

Escoger entre la perversión del alma de la niñez, de la juventud, brotes que llevan el germen, el porvenir entero de la Patria y de la Iglesia, o la sólida y cristiana educación, de la esperanza del mañana. Hay que escoger entre la escuela sin Dios y la escuela que haga y forje verdaderos ciudadanos que quieran sacrificarse por el bien público.

Los sacerdotes

El sacerdote ha sido, desde que el cristiano apareció, el artista ignorado de las almas y la mano invencible que toca la frente del niño, del joven y del viejo para recordarles constantemente que hay que despertar del adormecimiento y continuar la obra de arte de nuestra vida moral.

El sacerdote ha llegado a ser el gran maestro de las costumbres y una fuerza moral que nada ni nadie ha podido reemplazar. Es hombre culto, virtuoso y prudente, guía y sostén de las familias y de las sociedades. Es autoridad social, por eso se le ha suprimido del derecho en donde fue posible.

La familia

El hogar es una escuela donde dice sus oráculos la Iglesia, porque ahí va todos los días a ver desdoblarse la primera y la última página de la vida. El matrimonio dejó de ser sacramento y hoy hasta el divorcio se permite antes de la muerte de alguno de los consortes.

La familia es la fuerza viva que alienta y sostiene las sociedades; es cosa sagrada demostrando en la historia que las naciones más robustas han defendido con ardor la insolubilidad del matrimonio, tal y como lo ha enseñado la Iglesia Católica, en la monogamia. El divorcio es la poligamia sucesiva que degrada al pueblo.

La revolución

La revolución es el vértigo, el desquiciamiento, la catástrofe, es la lucha inesperada, la arena ensangrentada que va contra el alma nacional. En nuestra Patria avanzaron hacia la mitad del campo de batalla, arrebataron la cruz.

La revolución rebasó las fronteras de la connotación política hacia las realidades espirituales, supo descubrir la epidermis del fenómeno social transitorio, la textura de un estado espiritual eterno.

Todos los que enarbolan la bandera de la revolución tienen que ser perseguidores, por que sólo así pueden trastocar las cosas, desconectar los espíritus y esforzarse para transformar radicalmente con golpes de violencia lo que ha echado hondas y profundas raíces en el corazón, en el pensamiento y en la costumbres.

Las revoluciones, por su estructura, por su naturaleza y por el curso que les imprimen a las cosas y a los hechos, y para profanar la majestad augusta de las palabras, deben declarar que son la esclavitud más gigantesca que pesa sobre los pueblos.

El relucionario no tiene casa, ni piedra, ni espíritu. Su casa es una quimera que tendrá que ser hecha con el derrumbe de todo lo que existe.

La revolución es esencialmente demoledora, es la negación de la autoridad que ordena y reconstruye. La revolución es anárquica en toda su fuerza, es la demolición de la autoridad, que es orden y simetría.

La democracia

La tabla de valores de la democracia lo ha reducido todo a la igualdad. Todo hombre es igual a uno, todo ciudadano es igual a uno, todo mandatario es igual a uno. Todos totalmente iguales y con iguales derechos y con los mismos derechos y deberes.

La bandera no es más que un seguro exterior donde se ha querido que cuaje para siempre la fisonomía exterior y total de un pueblo.

La supresión de los valores morales ha significado siempre la bancarrota de las sociedades y de todos los demás valores: artísticos, científicos, intelectuales, económicos; se han precipitado hacia su derrumbamiento, han sido arrancados por la ley y por la falta de respeto a los principios legales.

Hay una tabla de valores, que reposa esencialmente sobre la desigualdad, y esto es lo que no pueden ver los estandartes de la democracia.

La democracia resulta una máquina de contar. La teoría de los números sirve a los pueblos poco avanzados políticamente. En casos excepcionales puede suceder que el instinto popular atine descubriendo al jefe capaz de salvar a su pueblo en emergencias. Por regla general es el partido del poder el que fabrica los votos.

Los falsificadores de la opinión han llegado a defenderse postulando lo que llaman democracia dirigida: ellos votan por un pueblo que no sabe votar. La salvación no es renegar de la doctrina democrática sino purificarla.

Es mentira, ya que se ha realizado el prodigio de matar al sentido común siempre que se trata de la suerte de las naciones; ha venido a envenenar la fuente de nuestra vida y ha venido a arrojarnos vertiginosamente en una bancarrota innegable y un empobrecimiento desesperante. Para penetrar al santuario donde se hacen y se dictan las leyes, basta haber seducido a varios centenares de electores y este oficio supera sin medida, en las ventajas pecuniarias y políticas, al oficio del herrero, porque han saqueado el único veneno permanente e inagotable de las vocaciones personales, que son y serán siempre la fuente de los valores humanos.

Millones de votos han caído de la mano de los hombres en las corrientes tumultuosas de la democracia moderna, abierta a todos los vientos y a todas las tormentas.

En la democracia y en los comicios donde se vota todos los días, cabrá la tergiversación, el fraude, el soborno y la mentira, que se podrán conjugar para engañar y arrojar con puntos falsos y encubrir nulidades salidas de los estercoleros. La democracia es un infame escamoteo de números y de violencia donde se carga a escupitajos y de ignominia al pueblo.

Restaurar la vida cristiana en Cristo

La vida para mí no tiene otro sentido que darnos la prueba de nuestra debilidad, y sólo por medio de un conjunto de debilidades animadas por un fuerte espíritu de comunidad se puede llevar a cabo lo que fue la negativa rotunda de aceptar la imposición del neófito. Mas hoy, cuan-

do todavía nos espera lo más tremendo de la lucha, y la línea de fuegonos requiere, hay que marchar entusiastas con la visión inmortal de Jesucristo en la Cruz, en el afán de ser rayo de luz y dar con valor el precio de nuestra sangre.

El verdadero sentido de la vida lo encontramos al abrir el catecismo, que nos dice: el hombre ha sido puesto en el mundo para que ame a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. También se resuelve con la respuesta de Pablo de Tarso, y si nosotros afirmamos que se halla en el amor, no son palabras de misticismo mujeril, ni de dogmatismo filosófico. Sorprendemos a la vida con mayor grado de poder y fuerza que el animal.

El cristianismo es una gloriosa vanguardia de hechos, de ideas que luchan incansablemente contra el mal, sea cual fuere su forma, sin amedrentarse, porque es necesario encontrarse cara a cara con los reyes de la demagogia.

Nuestro catolicismo hasta hoy ha sido un catolicismo de parálisis, porque no hemos sido, ni somos todavía, capaces de hacer algo permanente, serio y tenaz, para abrirle paso a nuestras ideas y para hacerle que alcancen el triunfo completo. No somos herederos de un catolicismo de parálisis, los cuales se muestran de dos clases: los que tienen parálisis total y los que no hacen nada.

Los nuevos cruzados han llegado a adquirir la convicción inquebrantable de que al triunfo contra la tiranía no se va por la violencia, sino por el camino que abre la idea, la palabra, la organización y la soberanía de opinión. La fuerza llama a la fuerza, la sangre llama a la sangre, el despotismo llama al despotismo.

Sepan los protestantes, los masones y todos los revolucionarios, que México, a pesar de todos los esfuerzos que se hacen y se han hecho para arrancarle a Cristo y a la Iglesia del corazón, continúa siendo discípulo de Jesús.